

EL CIELO AZUL DE LAS POSTALES

*Não, não se podia dizer que amava
sua mãe. Sua mãe lhe doía, era isso.*

CLARICE LISPECTOR,
Os laços de família

Qué culpa tenía ella si sus piernas ya no podían hacerla llegar hasta esa tarjeta postal que acababa de entrar por debajo de la puerta de calle. No podía moverse del sillón de mimbre. ¿No podía o no quería? No necesitaba. Antonia tenía todo a su alcance: el control remoto del televisor, el tejido, el teléfono, el aparador con los remedios y la vajilla. Todo, menos la tarjeta postal que acababa de deslizarse por debajo de la puerta para resbalar sobre los mosaicos de la sala —grises, como su cabello— y terminar clavándose bajo los flecos de la alfombra.

¿De dónde sería esta vez? Se moría de ganas de verla, de tenerla entre sus manos, pero estaba demasiado lejos. No podía moverse del sillón de mimbre. Tendría que esperar. Siempre le tocaba esperar: ya casi se había acostumbrado.

Miró largamente el rectángulo blanco tirado en el piso. Lo veía nítido en la penumbra que las cortinas se encargaban de preservar. Afuera merodeaba uno de esos mediodías calurosos de Buenos Aires, pero las cortinas mantenían la casa fresca. Y silenciosa, porque algo en esas cortinas parecía ser responsable también de que en la casa no hubiera ningún ruido. El único sonido reinante era el motor de la heladera, que sólo paraba de ronronear una vez cada tanto. Cuando eso ocurría el silencio era fresco y oscuro. Casi insoportable.

Le entraron ganas de repasar todas las postales que había recibido en los últimos veinticuatro años. La lata de té Crosse & Blackwell reposaba sobre el estante de la cocina. En verdad no alcanzaba a verla claramente, pero sabía que aquella mancha oscura borroneada sobre el estante tenía que ser la lata, porque aquella mancha estaba en el lugar donde siempre había estado la lata. La vejez le había dado a esa casa cierto orden definitivo que hacía más llevadero el paulatino deterioro de los sentidos de Antonia, esos desperfectos del cuerpo que la misma vejez, traicionera, también había traído consigo. Se le antojaba ir hasta la cocina para sacar de la lata el atado de postales; quería verlas todas una vez más. Pero no podía. Se miró las piernas inútiles y vio desperfecto, traición, vejez. No le quedó más remedio que recordar,

y ésa era otra de las capacidades que estaba perdiendo. Esperó poder recordar. Siempre igual: recordar, esperar.

Veinticuatro años. Recordaba algunas postales mejor que otras; por ejemplo se acordaba bien de la última, que había venido desde Río de Janeiro. En ella se veía el Cristo del Corcovado, abriendo los brazos como para echarse a volar sobre el cielo azul del fondo. Al Cristo le salía de la boca un globito de historieta dibujado con lapicera, en el que se leía: *te mando un abrazo así de grande*.

Pero esa había sido la anterior. Mirando esta otra postal en el piso —tan inalcanzable para ella como el hijo que se la había enviado— comenzó a llorar. Podría decirse que un torrente de lágrimas rodó por sus mejillas arrugadas o que sus ojos se empañaron de llanto. Pero no. La verdad es que lloró con una amargura sencillísima, calladita, sorbiendo las lágrimas que le llegaban a los labios.

Sin desviar la mirada de la postal, nunca dijo, pero pensó: “Cómo quisiera que Alejo estuviera de vuelta”.

No había terminado de pensarlo cuando una llave hizo todos los ruidos que hacen las llaves al girar en las cerraduras. La puerta se abrió: a la sala entró una claridad deslumbrante y, envuelta en ella, entró también la imprecisa silueta de Alejo.

Alejo dejó su portafolios sobre el pequeño escritorio de junto a la entrada. Recién entonces vio las lágrimas de su madre. Comprendió inmediatamente; recorrió el piso con la vista y encontró la postal, medio metida bajo la alfombra.

—Postal de Conrado, vieja —dijo mientras la levantaba, como si no supiera que ella ya la había visto. Estaba acostumbrado a llegar del trabajo y encontrarse de vez en cuando con esas lágrimas, que nunca eran para él sino para el hermano que se había escapado de la casa, que se había fugado para dar la vuelta al mundo, que se había hecho marino, que nunca había vuelto.

Se la alcanzó sin interés, sin leerla. Ella, sin mirarlo, le pidió la lata con las otras. Todo pedido sonaba como una orden en esa casa. Él se la alcanzó para luego volver hasta la heladera, cuyo motor justo desembocaba en un silencio. Casi insoportable.

La abrió, se metió en
el aire frío a explorar:

vio las construcciones
de estilo colonial,

olió el pollo, y hasta
se le juntó saliva en

el mar, una palmera en
primer plano y
la boca, pero prefirió
unas milanesas con
ese cielo tan azul de las
postales que
un tomate partido,
con orégano y aceite
observó sobre el desnivel
de aquella ciudad;
así que puso la sartén
y llenó un vaso de tinto,
no supo de dónde era,
no alcanzaba a ver
tuvo que agregarle soda,
tenía que volver a
las letras de la postal,
muy chicas aunque
la oficina, para liquidar
el primer renglón en azul,
sin duda decía
lo de la declaración
de impuestos de su
*Querida vieja: espero que
hayas tenido una*

importante clientela;
iba a tener que hacer
otra vez
horas extras
no podía evitar
ir de noche a comprar
las lágrimas,
los remedios
irremediables
para su madre

El ruido del aceite en la sartén le provocó el recuerdo de Patricia. Por un instante Alejo se la figuró allí atrás, parada en medio de la cocina, como si ella estuviera esperando que él se hiciera a un lado para tomar su puesto con las milanesas. Alejo tuvo que traicionar su racionalidad de contador público y mirar a sus espaldas. La heladera comenzó a ronronear. El ruido del motor se confabulaba con el del aceite y juntos lo apuñalaban por la espalda. Esos sonidos eran todo lo que había en la cocina, aparte de él mismo.

—¿De dónde será ésta? —le preguntó a Alejo, que desde la cocina no la oyó. Antonia no veía bien. La postal anterior había sido la de Río de Janeiro. Desde que

Conrado se había ido nunca había enviado una desde tan cerca. No es cierto: la primera había sido desde Valparaíso. Pero después todas las demás habían recorrido distancias cada vez mayores, algunas absolutamente incalculables para las proporciones mentales de su madre. Puertos desconocidos, más y más lejanos: Callao, Guayaquil, Panamá... Pero aquella última postal le anunciaba un regreso, la última había sido de Río: *pronto estaré por allá para darte un abrazo verdadero*, había escrito al dorso de la postal del Cristo. Antonia recordaba que la postal también contaba otras cosas muy importantes, pero no podía recuperarlas del fondo de su memoria porque, sin querer, apenas la había recibido, ella había visto la postal al trasluz: así había descubierto que Conrado había escrito —de seguro involuntariamente— *estaré por allá* justo donde venía a ser la espalda de Cristo, por lo que su madre se había olvidado del resto de la postal para conservar en su memoria solamente aquella frase que para ella, de algún modo, tenía un respaldo sagrado.

Patricia se había cansado de la situación y Alejo no había podido hacer nada, porque él no era él solo: era él y su madre. ¿No ves que no puede hacer nada sola, no te das cuenta de que no tiene a nadie más que a mí en el mundo? Antes estaba el viejo, cuya salud había sido tan

de hierro como su carácter. Pero hasta el hierro se herrumbra. Cuando su padre murió, Alejo se dio cuenta de que la vieja no contaba más que con él. Porque Conrado, ¿qué aportaba? Un cartón pintado cada tres o cuatro meses, una foto de Wellington o Perth, de Karachi, Hamburgo o Baltimore, junto con unas cuantas líneas que ni siquiera tenían el decoro de simular que habían sido escritas sin prisa. Nada más. Ni siquiera era posible contactarlo en alguna parte; Conrado no sabía nada de ellos, mucho menos que su padre ya había muerto. Alejo había tenido que hacerse cargo de la salud de su madre, y eso es lo que Patricia no quiso entender: que su madre ya no podía moverse del sillón de mimbre.

Todas empezaban así, en letras grandes, *Querida vieja*. Después, en todas, la letra se iba haciendo cada vez más chica, porque el espacio en la postal se iba acabando y siempre quedaban cosas por decir. Antonia leyó *Querida vieja* y pensó en Rufino: si él todavía viviera quizá las postales dirían *Queridos viejos*. Pero ella sabía bien que ése era sólo un deseo personal, porque su marido estaba muerto desde hacía ya cuatro años y porque, de no estarlo, igualmente las postales de Conrado serían dirigidas sólo a ella. Si Rufino no hubiera sido tan severo con sus hijos quizá Conrado no se hubiera ido. Ella nunca había estado de acuerdo con esa severidad, pero

su marido siempre la había mandado a callarse la boca, porque ella estaba para la cocina y porque él era el jefe de la familia y porque a los hombres los educan los hombres para que después no salgan con mariconadas de señoritas y porque sea como sea a mis dos hijos siempre los he tratado con la misma vara. Así que a no hacerse los rebeldes porque ustedes dos a la fusta ya la conocen bien, qué se creen, mocosos de mierda. Siempre así. Antonia nunca se atrevió a contradecirlo.

La culpa era de él por dejarla ir, pensaba a veces; la culpa era de su madre, había dicho Patricia; no, la culpa era de Patricia, que no quiere entender lo que pasó en esta casa, se le había escapado alguna vez a su madre. Pero, ¿la culpa de qué? De lo que fuese. La culpa de todo era de todos. Por eso con su madre casi ni se miraban, porque cuando lo hacían sus ojos se acusaban mutuamente, mantenían una lucha aparte. Cuando terminó de almorzar, dejó todo para lavarlo a la noche. Ahora no tenía ganas ni tiempo. Yendo para el baño escuchó que su madre lo llamaba para que le leyera la postal.

—Un segundo. Paso al baño y voy.

Levantó la tabla,
esperó un poco

otra vez esperar, estaba
cansada de esperar
mirando los azulejos,
sin pensar en nada
pensó en Rufino, enojado,
fusta en mano
y al fin el chorro amarillo
salió con fuerza
gritando ¡maleducados!,
y levantando la fusta
se la sacudió,
recordó lo que le dijo Patricia:
Alejo se quedó callado;
Conrado contestó
así no podemos seguir, Alejo
fue un fustazo en la mejilla,
pero lo aguantó
no aguanto más, lloraba,
qué soy yo
un viejo de mierda, repitió,
y otro golpe
entiendo lo de tu mamá,
pero no puedo más
basta, no le pegues más,
Rufino, por Dios

le pidió, por fin, la separación

usted no se meta,
váyase a la cocina

y luego, llorando, ella se fue

al otro día, la nota que dejó
sólo para ella

la nota que dejó sólo para él,
al otro día

*me voy, mamá,
no aguanto más*

no aguanto más: me voy

así fue;

en fin

se impacientó porque

su madre lo esperaba

su hijo

se apresuró

se demoraba

—A ver —dijo Alejo como con disgusto al regresar a la sala. Como todo lo que se decían desde que eran ellos dos solos, ese “a ver” también sonó casi como una orden. Su madre le alcanzó la postal sin prestarle atención, como si Alejo fuese una voz y no una persona.

Entrecerrando los ojos, se preparó para oír lo que le contaría su querido hijo a través de la voz del otro.

—Querida vieja —empezó Alejo, pero tuvo que parar para aclararse la garganta. Volvió a empezar, ahora entonando como si él no fuera el que hablaba, dejando claro que lo que leía lo decía su hermano marino y no él—. “Querida vieja: espero que hayas tenido una feliz navidad y un próspero año nuevo. Por aquí bien, hay sol todos los días. Decidí venirme para acá con Silvia, la chica que conocí en Río (¿te conté en la postal anterior?). Silvia es bahiana, así que me lleva a pasear por todas partes. Nos vamos a quedar un mes, a lo mejor dos. Enganché un trabajo. Duro, pero pagan bien. Igual después voy a descansar: cuando cobre me voy con Silvia a Recife. Te mando un beso. Conrado”.

Alejo levantó la vista de la postal y encontró los ojos de su madre que se abrían despacio. Los dos habían quedado callados. Como si el silencio lo obligara a hacer algo, Alejo extendió el brazo y le devolvió la postal a su madre, quien la tomó con suavidad. Sus pobres ojos eran tan débiles como minutos antes, pero igualmente Antonia revisó aquel cartón, como queriendo corroborar lo leído por su hijo o lo escrito por el otro. Luego miró el otro lado, observó la foto por segunda vez, con un silencio largo. Casi insoportable.

—Parece que es una ciudad preciosa —comentó al rato.

—Parece que sí —contestó Alejo asintiendo, indiferente, casi luchando para que sus pensamientos no regresaran a la oficina antes que él.

—¿Cómo se llama esta ciudad? ¿Dónde queda?

—Salvador, Bahía. Es en Brasil.

Antonia rumió el nombre un rato. Salvador, Bahía. Entonces preguntó, de repente:

—Desde acá de Buenos Aires, ¿Salvador está más cerca o más lejos que Río?

Alejo dudó. Sabía la respuesta correcta: por eso mismo dudó si decírsela a su madre o no. Podía mentir, podía cambiar de tema, podía irse a la oficina, podía callar. Por ahora hacía eso: callaba. Pero al callar, el silencio se adueñó victorioso de la casa. Y esta vez fue absolutamente insoportable.

—Más lejos —dijo por fin.

Insoportable.

—¿Y Recife? —preguntó ella. Veinticuatro años.

—Más todavía, mamá.

Antonia no dijo nada más. Se quedó seria, mirando esa postal como si en ella viera un barco alejándose. Recordó la promesa escrita en la espalda de Cristo. Entendió que ahora Cristo le daba, más que nunca, la espalda.

Alejo tampoco dijo nada más: se quedó mirando la postal en manos de su madre. La heladera comenzó a ronronear y paradójicamente descongeló a Alejo, que se acercó al escritorio de la entrada y tomó su portafolios.

—Bueno. Vuelvo a trabajar —dijo y se acercó para darle un beso en la mejilla. La piel ajada de su madre recibió el beso sin un movimiento. Con la vista perdida en el horizonte de la postal, Antonia estaba como ausente, irradiando aquel sentimiento de ausencia sobre su hijo hasta hacerle sentir que el ausente, el inexistente, era él. Ya acostumbrado a defenderse de esa pétrea indiferencia con otra igual, Alejo alcanzó la puerta.

Cuando estaba por salir, su madre lo llamó.

—Ale...

Alejo giró, reconociendo sorprendido su nombre en esa parte de su nombre que su madre no pronunciaba desde que él fuera un niño. La miró desde la puerta, con cautela, con desconfianza.

—¿Qué hay? —preguntó, y hasta las preguntas parecían órdenes en esa casa.

—Nada... pensaba si a lo mejor podrías salir del trabajo un poco más temprano hoy...

Cada uno mantuvo la mirada del otro tensa como una cuerda en el aire. Los ojos tiraban de la cuerda invisible: seguían acusándose, como siempre. Pero de algu-

na forma tácita y repentina Alejo y su madre acordaron no atender a esas acusaciones. Estaban cansados de tirar de esa cuerda. Dejaron de mirar sus miradas y se miraron; dejaron de mirar cómo miraba el otro y miraron de una vez, verdaderamente, al otro.

—No sé, la verdad, hoy tengo bastante que...
—arrancó Alejo.

—...qué se yo, podríamos cocinar algo especial —lo interrumpió, sin querer, su madre— o mejor pedir algo rico por teléfono... Sería como si saliéramos a comer afuera...

Las palabras “especial” y “afuera” sonaron extrañas para Alejo. ¿Hacía cuánto que no las oía, que no las usaba? ¿Qué había de especial afuera? Tuvo miedo de que eso que estaban por intentar no funcionara. Por eso casi se alegró cuando en vez de explicarle lo de las horas extras se oyó a sí mismo decir:

—Está bien. Voy a tratar.

Y se fue, honesto, a hacer el intento. Salió a la calle para ir a cumplir con sus obligaciones y descubrir por el camino que de pronto su madre había dejado de ser una de esas obligaciones, que se había convertido en una invitación. Alejo avanzaba por la calle comprobando que ahí afuera, en el cielo de cualquier día, cabía un azul tan brillante como el de las postales que su madre guardaba

ahora en la lata de té para poder olvidarse un poquito de esperar, esperando ser por primera vez en la vida no sólo una mujer que espera sino también una que llega, que llega tarde para detener los golpes de un marido muerto, pero que llega a tiempo para salvar lo que queda: una mujer que llega, aun sin poder moverse de su sillón de mimbre.

De Manual de evasiones imposibles.

© Martín Cristal, 2002.

www.martincristal.com.ar